

Clásicos Universales


PETRONIO

EL SATIRICÓN



liberbooks.com

EL SATIRICÓN

A scroll of aged parchment with a textured, yellowish-brown surface and slightly irregular edges. The text is centered on the scroll.

Autor: Cayo (o Tito) Petronio Árbitro
Primera publicación en papel: 1664

Colección Clásicos Universales
Diseño y composición: Manuel Rodríguez

© de esta edición electrónica: 2009, liberbooks.com
info@liberbooks.com / www.liberbooks.com

Cayo Petronio Árbitro

EL SATIRICÓN



liberbooks.com



ÍNDICE

| | | |
|------|-------|-----|
| I | | 9 |
| X | | 19 |
| XX | | 39 |
| XXX | | 49 |
| XL | | 61 |
| L | | 77 |
| LX | | 91 |
| LXX | | 105 |
| LXXX | | 121 |
| XC | | 135 |
| C | | 151 |
| CX | | 169 |
| CXX | | 189 |
| CXXX | | 205 |
| CXL | | 223 |



CAPÍTULO I

—**M**ucho tiempo hace que os prometí el relato de mis aventuras, y hoy voy a cumplir lo ofrecido. Ya que estamos reunidos, no para dedicarnos a disertaciones científicas, sino para amenizar con agradables historias nuestros coloquios, aprovechémonos de esta oportuna ocasión que nos congrega. Acaba de hablaros Fabricio Veiento de las imposturas religiosas, con el ingenio de que suele hacer gala. Ha descrito a los sacerdotes preparando sosegadamente el furor profético o comentando audazmente misterios que no entienden. No es menos ridícula la manía de los declamadores. Oídllos exclamar:

«—¡Por la libertad he recibido estas heridas honrosas! ¡Por vosotros me he quedado tuerto! ¿Qué lazarillo me guiará adonde están mis hijos? Dóblanseme las rodillas llenas de cicatrices y no me pueden sostener.

«Podría sufrirse semejante énfasis si se aprendiera con él el camino de la elocuencia; pero ese estilo hinchado, esa sentenciosa algarabía no sirven para nada. Cuando los jóvenes se estrenan en el foro se creen transportados a un mundo nuevo. Lo que convierte en necios rematados

a nuestros estudiantes es que nada de cuanto ven u oyen en las escuelas puede darles idea de nuestra manera de vivir. Se les llena la cabeza con historias de piratas que, emboscados en la ribera, apréstanse a encadenar cautivos; de tiranos cuyas sentencias bárbaras condenan a los hijos a decapitar a sus propios padres; de oráculos que, para librar de la peste a una ciudad, disponen el sacrificio de tres o más vírgenes. Cae sobre ellos un diluvio de melifluos períodos bien redondeados, y parece que actos y dichos están salpicados de sésamo y adormideras.

II

«Tan difícil es que descuelle quien se nutre de sandeces semejantes como que huela a ámbar quien trajina en las cocinas. A los retóricos se debe la decadencia de la oratoria, pues reduciendo el discurso a armonía pueril, a trivial palabrería, la han convertido en un cuerpo inanimado. No se dedicaba la juventud a tales declamaciones cuando llevaron nuevo lenguaje al teatro Sófocles y Eurípides. Ningún pedante ahogaba los gérmenes del talento entre el polvo de las cátedras cuando Píndaro y sus nueve rivales entonaban cantos dignos de Homero. Y sin traer a colación a los poetas, no creo que Platón ni Demóstenes se dedicaran a ejercicios de este género. La verdadera elocuencia, semejante a una doncella pudorosa, aborrece los afeites y se contenta, tan modesta como sencilla, con su propia y natural belleza. Moderno es el desbordamiento de hinchada expresión que pasó de Asia a Atenas. La funesta influencia de ese astro maligno sofocó en la ju-

ventud los arranques del genio, y se agotaron entonces los manantiales de la elocuencia verdadera. Desde aquella época no ha habido historiador que se aproximara a la perfección de Tucídides ni a la fama de Hipérides. No me podréis citar ni un solo verso de buen gusto. Esos abortos literarios se parecen a los insectos que nacen y mueren en un día. La misma suerte le ha cabido a la pintura desde que la audacia de los egipcios abrevió los procedimientos y reglas de arte tan sublime.

Así hablaba yo un día cuando se nos acercó Agamenón y, con curiosa mirada, trató de averiguar quién era el orador al que tan atentamente escuchaba la muchedumbre.

III

Cansado de oírme perorar tanto tiempo en el pórtico, díjome Agamenón, que venía ronco de lo mucho que había hablado en la escuela:

—Joven, no te expresas al uso moderno. Tienes sentido común, cosa rara a tu edad, y te quiero revelar los secretos del arte: no culpes a los maestros por lo vicioso de las lecciones, que no se puede hablar razonablemente a cabezas sin seso. Ya dijo Cicerón que si el método de enseñanza no es agradable al discípulo, pronto se queda el maestro sin auditorio. Por eso el parásito sagaz, que desea ser admitido en la mesa del rico, se provee por adelantado de unos cuantos amigos que gusten a los comensales, y no consigue su fin principal sin apoderarse de los oídos de sus compañeros. Pásale al maestro de elocuencia lo que al pescador, que, como no ponga en el anzuelo el cebo más

atractivo para los peces, se aburrirá en la orilla del agua sin lograr lo que desea.

IV

«De modo que quienes merecen censura son los padres que temen una educación varonil y severa para sus hijos. Empiezan por sacrificarlo todo a la ambición, incluso sus propias esperanzas, y luego, para colmar antes su anhelo, empujan hacia el foro a esos aprendices de orador y quieren que unos chiquillos alcancen una elocuencia difícil de conseguir en hombres ya maduros. Mejor se graduarían los estudios con más paciencia. La juventud estudiosa afinaría el gusto con la lectura de libros buenos, sometería el alma al yugo de la sabiduría, corregiría el estilo, prestaría atención a los modelos dignos de ser imitados y se negaría a admirar lo que ahora sucede a los muchachos. Entonces la elocuencia recobraría nobleza y majestad. Pero ahora los hombres, que durante la niñez toman el estudio como cosa de juego, son la irrisión del foro en su juventud, y cuando llegan a viejos no quieren confesar que fueron educados viciosamente. Y no es que yo repruebe en absoluto ese arte fácil de la improvisación, debido a Lucilio. Ahora mismo voy a dar ejemplo de ello.

V

«La frugalidad es amiga del genio; si aspiras a la inmortalidad, apártate del superfluo lujo usado en las mesas de

los grandes, porque los vapores del vino perturban el cerebro, y la virtud rígida teme doblar la cerviz ante el vicio triunfante. No se te vea en el teatro, coronado de flores, chillando groseramente mientras aplaude el entusiasmado vulgo. Ve a Nápoles o a Atenas, reverencia a Apolo y apaga tu sed en las aguas de Castalia. Admira la sabiduría de Sócrates, y con mano más segura podrás manejar la pluma de Platón o el rayo de Demóstenes. Modelos perfectos te ofrecerá el Parnaso latino, ora cante tu lira sangrientos combates, ora el banquete trágico de los hijos de Pélops. Virgilio eternizó la gloria de los héroes; Lucrecio arrancó el velo a la Naturaleza; Cicerón asombró en el foro... Imita a esos famosos artistas para poderlos igualar. Así podrán recorrer el mundo tus versos, semejantes a las ondas del caudaloso río que brotó de fecundo manantial.

VI

Separóse Ascilto de mí sin que yo lo advirtiera, embebido como estaba en escuchar ávidamente a Agamenón. Mientras me entretenía en reflexionar sobre aquel discurso invadieron súbitamente el pórtico muchos estudiantes, que venían de oír cierta arenga improvisada no se por quién contra la de Agamenón. Censurábala uno por las ideas, poníala otro en ridículo por el lenguaje, declarábala un tercero desprovista de plan y método. Aproveché la ocasión y me escurrí por entre el gentío en busca del fugitivo. Me encontraba muy apurado porque conocía poco las calles y no sabía exactamente dónde se hallaba mi posada; no hacía más que dar vueltas, yendo a parar siempre al

punto de partida. Rendido de cansancio, sudando a mares, me dirigí a una viejecita que vendía hortalizas.

VII

—¿Sabéis, buena mujer, las señas de mi posada?

—Mi candidez la hizo sonreír, y me contestó afablemente:

—Puede que sí.

Levantóse y echó a andar delante de mí, que la seguía, tomándola por adivina. Llegamos juntos a una calleja oscura, levantó la cortina de una puerta y me dijo:

—Ésta debe ser tu casa.

Aseguraba yo lo contrario, y durante la discusión vi entre dos hileras de rótulos a varias mujeres desnudas y a misteriosos paseantes. Conocí hartó tarde que había caído en un lazo y que me encontraba en una casa de lenocinio. Enfurecido contra la maldita vieja, me tapé la cabeza y me puse a correr por aquella morada infame buscando la otra salida. Llegaba ya al umbral cuando tropecé con Ascilto, tan exhausto y aburrido como yo. Parecía como si aquella bruja se hubiese propuesto meternos allí a los dos. Acerquéme a él y le dije, riéndome:

—Buenos días, hombre. ¿Qué es lo que estás haciendo en lugar tan decente?

VIII

—¡Ay de mí! —respondió, secándose el sudor—. ¡Si supieras lo que me ha ocurrido!

—¿Pues qué fue ello?

—Andaba por las calles —contestóme con voz apagada—, sin poder dar con nuestra posada, cuando se me acercó un anciano de aspecto venerable, y al enterarse de mis apuros se brindó cortésmente a ponerme en buen camino. Acepté el ofrecimiento, recorrimos varias callejuelas y vinimos a parar a esta casa. En cuanto entramos sacó el infame viejo una bolsa y se atrevió a ofrecérmela a cambio de caricias. Había pagado a la vieja que manda en esta casa el precio de una habitación, y me estrechaba entre sus brazos asquerosos; si no me defendiendo con vigor, querido Encolpio, figúrate lo que habría pasado.

Llegó en aquel momento el viejo de marras, acompañado de una joven muy bonita, y dijo a Ascilto:

—En este cuarto te espera el placer. Nada temas, porque puedes escoger entre el papel activo y el pasivo.

Entretanto, la muchacha me invitaba con insistencia a solazarme con ella.

Nos dejamos convencer y seguimos a nuestros guías, que nos hicieron atravesar varias salas, lúbrico teatro de los juegos voluptuosos. El ardor de los que allí se agitaban hacía creer que los habían embriagado con satiricón;¹ al vernos adoptaron posturas más lascivas, como para incitarnos a que los imitáramos. De pronto alzóse uno de ellos la túnica hasta la cintura, se arrojó sobre Ascilto, le echó en una cama e intentó forzarle. Corrí a auxiliar al pobre paciente, y los esfuerzos suyos y los míos le libraron

1. El satiricón es una planta orquídea a cuya raíz se atribuían grandes virtudes afrodisíacas, sobre todo, si se echaba en vino como infusión.

de aquel energúmeno. Ascilto salió a escape, dejándome expuesto a los ataques de tanto vicioso desenfrenado; pero mis ánimos y mi vigor me permitieron salir indemne.

IX

Anduve por casi toda la ciudad antes de dar con mi posada. Por fin, a la puerta de ella, y como entre espesa niebla, vi a Gitón, que penetró conmigo.

—¿Qué tenemos para comer? —le pregunté.

Sentóse en la cama sin responder y empezó a llorar amargamente. Su dolor me conmovió. Le interrogué acerca del motivo; obstinóse en callar y yo en preguntarle, hasta que recurrí a la amenaza, y entonces me dijo, señalando a Ascilto:

—Ese fiel amigo, ese compañero tuyo, ha llegado aquí antes que tú y, encontrándome solo, ha querido atentar violentamente contra mi pudor. He empezado a dar gritos, y en esto ha desenvainado la espada, increpándome: «Si presumes de Lucrecia, hazte cargo de que has dado con Tarquino.»

Al oír semejante cosa poco me faltó para sacarle los ojos a Ascilto, y exclamé:

—¿Qué respondes a eso, libertino despreciable, más indecente que las rameras de ínfima estofa?

Fingió entonces Ascilto gran indignación y, levantando los brazos, empezó a dar más voces que yo, gritando.

—¡Puedes tú ir hablando, vil gladiador, asesino de tu huésped, que debías haber perecido en el circo! ¡Puedes ir hablando, ladrón nocturno, que ni aún antes de ha-

ber perdido la virilidad pudiste habértelas con una mujer honrada! ¡Tú, que abusaste de mí impúdicamente, como abusarás hoy de este muchacho!

–Pero vamos a ver –le repliqué: ¿por qué te escapaste mientras yo oía a Agamenón?



X

—¿Qué querías que hiciera allí, necio? ¿Iba a estar muerto de hambre, oyendo las majaderías de un pedante o los sueños de un visionario? Hazte el escrupuloso después de haber adulado a un mal poeta para sacarle una cena.

Poco a poco fuimos echándolo a broma y nos pusimos a hablar de otras cosas; pero, como la afrenta de Ascilto no se me olvidaba, acabé por decirle:

—Mira: pensándolo bien, está visto que no congeniamos; de modo que haremos dos partes de los bienes comunes y cada cual se irá por su lado en busca de fortuna. Ambos poseemos méritos literarios; pero para no hacerte competencia me dedicaré a otra cualquier cosa; si no, andaremos todos los días a la greña y seremos la mofa del pueblo.

—Bueno —replicó Ascilto—; mas como esta noche estamos convidados a un gran banquete, no perdamos esta ocasión, y mañana, ya que así lo desees, me buscaré vivienda y compañero.

—¿Y para qué hemos de dejar para mañana lo que nos conviene a los dos?

El amor me incitaba a apresurar la separación, porque hacía tiempo que me estorbaba aquel testigo para entregarme libremente a la pasión que Gitón me inspiraba.

Resentidísimo Ascilto por mis palabras, salió bruscamente sin despedirse. Aquella huida precipitada me pareció de mal agüero. Conocedor de lo arrebatado e impulsivo que era Ascilto, le seguí para indagar lo que hacía y desbaratar sus planes, pero, a pesar de buscarle mucho tiempo, no pude dar con él.

XI

Después de haber efectuado vanas pesquisas por todos los barrios de la ciudad volví a casa y busqué consuelo en las caricias de Gitón. Estrechamente abrazado a él satisfice mis deseos, gozando una felicidad digna de envidia. Nos disponíamos a disfrutar nuevos placeres cuando Ascilto llegó con sigilo frente al aposento, abrió la puerta de un empujón y nos pilló a Gitón y a mí acariciándonos con ardor. Atronando entonces nuestra casuca con aplausos y carcajadas, el muy pérfido levantó la manta que nos cubría y exclamó:

—¡Ja, ja, ja! ¿Qué hacéis aquí, hombre honrado? ¿Con que echados los dos en el mismo lecho?

No se conformó con los sarcasmos, sino que, desatándose el cinturón de cuero, me zurró de lo lindo, mientras gritaba:

—¡Toma y aprende a reñir con Ascilto!

Aterróme su audacia y tuve que aguantar burlas y golpes y tomarlo todo a chanza, pues de no haber adoptado

tan prudente resolución me habría visto obligado a pelear seriamente con mi rival. Mi fingida alegría apaciguó su cólera, y sonriendo me dijo:

–Encolpio, te dejas vencer por la molicie y no piensas en que andamos muy mal de dinero. Durante el verano no podemos buscarlo en la ciudad; de modo que debemos irnos al campo y juntarnos con nuestros amigos, a ver si nos es más propicia la suerte.

Hice de tripas corazón, ocultando mi disgusto. Encargóse Gitón de llevar nuestro modestísimo equipaje, y saliendo de la ciudad nos dirigimos a casa de Licurgo, caballero romano, que antaño disfrutó del cariño de Ascilto. Habiéndonos recibido aquél muy acogedoramente, encontramos en su casa a una concurrencia sumamente distinguida y pasamos el tiempo muy a gusto. Trifena era la más bonita de las mujeres que allí había, y la acompañaba un capitán mercante llamado Licas, poseedor de algunas fincas ribereñas. Aunque la mesa de Licurgo no era espléndida, su quinta nos brindaba todos los demás placeres. Conviene saber que el amor nos dividió pronto en parejas. Gustóme la hermosa Trifena, y no se mostró sorda a mis ruegos; pero apenas habíamos comenzado nuestros amores enteróse Licas y protestó de que yo le robara su querida; pero al fin exigió mis favores en lugar de los de ésta, proponiéndome alegremente el cambio. Encaprichado de mí, convirtiéndose tal antojo en incesante persecución; pero, enamorado yo de Trifena, no hice caso de aquellas proposiciones. Mi negativa sólo consiguió encabritarle, de suerte que no me dejaba en paz. Entró una noche en mi habitación, y al verse rechazado por mí pasó de la súplica a la violencia; comen-

cé a dar gritos, se despertaron los criados, y gracias al auxilio de Licurgo salí incólume de la tentativa brutal.

Como viera Licas que en casa de nuestro anfitrión se oponían muchos obstáculos a sus planes, quiso llevarme a la suya. Negándome yo a ello, hizo que me lo rogara Trifena, a lo cual accedió ésta, esperanzada de verse más libre en casa de Licas. Determinéme por fin, impulsado por el amor, y acordamos irnos allá Gitón y yo, quedándose Ascilto con Licurgo, que de nuevo se había aficionado a él. Convinimos además Ascilto y yo que todo aquello de que cada uno pudiera apoderarse formaría luego parte de nuestra común hacienda. Apresuró con impaciencia Licas la marcha, de modo que nos fuimos enseguida a su casa, no sin despedirnos de nuestros amigos. Arreglóselas de manera que íbamos juntos él y yo, y Gitón con Trifena. Le tendió a ella este lazo porque era sabedor de su inconstancia, y acertó, pues pronto ardió el corazón de aquella mujer por muchacho tan digno de amor como Gitón. Al instante lo noté, y Licas, como era natural, acabó de convencerme de ello. Le traté entonces con menos despego, lo cual le complació en extremo, porque entendió que el despecho me haría olvidar a la infiel y dedicarle a él mi cariño.

Tal era nuestra situación en su casa. Trifena estaba enamoradísima de Giton; éste le correspondía, y aquel amor doble me atormentaba en extremo. Licas, deseoso de agradarme, ideaba nuevas fiestas cada día, y su esposa, la amable Boris, participaba de ellas embelleciéndolas, hasta que su hermosura me hizo olvidar a Trifena. No tardó en advertir Doris en mis miradas el amor que me inspiraba, y me prometió reciprocidad con las suyas. Durante algún

tiempo el único intérprete de nuestros deseos fue la muda, pero expresiva elocuencia de los ojos, que supera a la del lenguaje. Había conocido yo lo celoso que era Licas, y a su mujer no se le había ocultado la afición que me tenía. Callábamos ambos por eso, pero en cuanto pudimos vernos un momento a solas me participó Doris sus sospechas. Confeséle la verdad y le hice saber que me había resistido siempre a los deseos de su esposo; pero, como el ingenio femenino es fértil en recursos, me dijo:

—Acudamos a la astucia, y consiente, con tal de disfrutar de mis caricias, en prodigar a Licas las tuyas.

Seguí sus consejos y no tuve que arrepentirme de ello. Entretanto Trifena había extenuado a Gitón, y éste necesitaba reposo, por lo cual volvió a mí sus ojos la inconstante; pero mi disciplina la enfureció, y, como empezó a vigilarme sin cesar, pronto averiguó mis relaciones con ambos cónyuges. Poco le importaban en cuanto atañían a Licas, pero resolvió echar a perder mis amores con Doris, y a tal efecto descubrió el misterio al marido, cuyos celos, superiores al amor, le determinaron a la venganza. Afortunadamente una esclava de Trifena advirtió a Doris de lo que se tramaba, e interrumpimos nuestras familiaridades secretas para librarnos del castigo.

Me indignaron la perfidia de Trifena y la ingratitud de Licas, y resolví escaparme de aquella casa. Me favoreció la suerte, porque había encallado el día antes en la costa un navío cargado de ofrendas para las fiestas de Isis. Celebramos consejo Gitón y yo, y le pareció muy bien mi proyecto, porque, a pesar de su postración, no dejaba de acosarle Trifena, de modo que al amanecer nos fuimos a la orilla del mar. Subimos a bordo con gran facilidad,

porque nos conocían aquellos a quienes Licas había encargado la custodia de la nave y nos acompañaron por todas partes como para agasajarnos mejor. Tanta cortesía no me hacía mucha gracia, porque me ataba las manos. Dejé, por tanto, a Gitón con ellos y me escurrí con habilidad. Me metí en una cámara cerca de la popa, donde estaba la estatua de Isis, y me apropié del manto precioso que la cubría y de un sistro de plata que brillaba en su mano. Luego me introduje en la habitación del piloto y cogí lo mejor que en ella había, después de lo cual abandoné el barco deslizándome por una maroma.

Gitón había sido el único que se había enterado de mis tejemanejes, y no tardó en librarse con destreza de los que le acompañaban y en reunirse conmigo. En cuanto le vi le enseñé mi botín, y quedamos en ir a buscar enseguida a Ascilto; pero hasta el día siguiente no pudimos llegar a casa de Licurgo. Informé brevemente a Ascilto del favorable éxito de mi hurto y de las contrariedades con que mis amores habían tropezado, y acordamos asegurarnos el valimiento de Licurgo, al cual manifesté que la incesante persecución de Licas había sido la única causa de nuestra fuga, tan rápida como secreta. Licurgo, convencido por mis palabras, juró que nos defendería contra todos.

Al despertarse Trifena y Doris se enteró la gente de nuestra escapatoria, porque todas las mañanas asistíamos al tocado de aquéllas, y nos echaron de menos. Al punto dispuso Licas que su servidumbre nos buscara, dirigiéndose especialmente a la costa. Averiguó que habíamos estado a bordo de la nave, pero nada supo acerca del robo, porque la popa se hallaba muy separada de la orilla y el piloto seguía en tierra. Seguro de nuestra evasión la tomó

Licas con Boris, por creerla autora de la fuga, y no escaseó injurias, amenazas y golpes, según creo, pues no estoy en pormenores. La verdadera causante del embrollo, Trifena, le convenció de que debía buscar a los fugitivos en casa de Licurgo, presumiendo que allí nos habríamos refugiado, y se ofreció a acompañarle para disfrutar de nuestra confusión y llenarnos de agravios.

Al día siguiente emprendieron la marcha y llegaron a la quinta de Licurgo cuando acabábamos de salir con nuestro huésped, que nos llevó a ver las fiestas de Hércules que se celebraban en un lugar próximo. Allí fueron a buscarnos, y nos encontraron junto al pórtico de un templo. Nos turbamos al verlos, y he aquí que, cuando Licas empezaba a regañar con Licurgo por lo ocurrido, éste le hizo callar con una respuesta altanera y amenazadora. Envalentonado con aquella ayuda, reconvine ásperamente a Licas por sus torpes atentados contra mi pudor en casa de Licurgo y en la suya propia. Quiso Trifena tomar su defensa; pero bien la castigué yo, porque, como el rumor de la disputa había atraído a los transeúntes, delante de todos ellos descubrí sus lubricidades, y señalando a Gitón y a mí juré por los dioses que la lujuria de aquella meretriz nos había dejado medio muertos.

Aterrados por las risas del concurso, nuestros enemigos pusieron pies en polvorosa, llenos de vergüenza, pero determinados a vengarse. Como ya no podían dudar de que Licurgo estaba dispuesto a protegernos, Trifena y Licas fueron a esperarle en su casa, con el fin de desengañarle. Terminó la fiesta entrada ya la noche, y, como era ya muy tarde para regresar a la quinta, nos llevó Licurgo a dormir a otra posesión suya situada hacia la mitad del camino, y a